

Humanismo y trascendencia. La "Fides et ratio" y el pensamiento contemporáneo

1. Antropocentrismo optimista

En la encíclica *Fides et ratio*, que puede considerarse como la fundamentación de toda la enseñanza de Juan Pablo II –expresada en las anteriores, dedicadas al misterio de Dios, al de la Iglesia, a su doctrina social, a la bioética y a la moral¹–, se ofrece una visión muy completa y profunda del pensamiento contemporáneo. No se limita a establecer, con sus corrientes principales, un "diálogo crítico y exigente"², sino que también se indica el camino que hay que seguir para evitar los riesgos que comporta. Algunos de ellos ya son patentes en este final de milenio y otros latentes pueden aparecer en el próximo.

Uno de los retos para el III Milenio es el de encontrar solución a estos peligros, que comportan algunas corrientes del pensamiento muy difundidas de nuestros días. Las indicaciones y sugerencias de la encíclica pueden ser de gran utilidad, por el conocimiento privilegiado, que de las mismas tiene su autor, tanto por su experiencia filosófica y teológica, adquirida en su vida de profesor e intelectual, como por su magisterio como Pontífice. No parece exagerado decir que en este documento se encuentra una de las mejores lecturas comprensivas del pensamiento actual.

Se afirma en la encíclica que: "Sin duda la filosofía moderna tiene el gran mérito de haber concentrado su atención en el hombre". Sin embargo, se ha quedado en una visión muy limitada del ser humano, porque: "parece haber olvidado que éste está también llamado a orientarse hacia una verdad que lo

1. Las encíclicas *Redemptor hominis* (1979), *Dives in misericordia* (1980), *Dominum et vivificantem* (1986), y *Redemptoris Mater* (1987), están dedicadas a los principales misterios cristianos. A la evangelización, las encíclicas *Redemptoris missio* (1990), *Ut unum sint* (1995), y *Slavorum apostoli* (1985). Sobre la doctrina social de la Iglesia: *Laborem exercens* (1981), *Sollicitudo rei socialis* (1987), y *Centesimus annus* (1991), y también podría incluirse la encíclica *Evangelium vitae* (1995). En la *Veritatis splendor* (1993) se expone el fundamento moral de todo su magisterio, que a su vez se funda en la *Fides et ratio* (1998), encíclica sobre la filosofía.

2. *Fides et ratio*, Concl. 105,

trasciende". Sus resultados positivos son así unilaterales, y "ello ha derivado en varias formas de agnosticismo y de relativismo, que han llevado la investigación filosófica a perderse en las arenas movedizas de un de un *escepticismo* general".

Si se examina con más detenimiento esta actitud antropológica: "Se tiene la impresión de que se trata de un *movimiento ondulante*: mientras, por una parte, la reflexión filosófica ha logrado situarse en el camino que la hace cada vez más cercana a la existencia humana y a su modo de expresarse, por otra tiende a hacer consideraciones existenciales, hermenéuticas o lingüísticas, que prescinden de la cuestión radical sobre la verdad de la vida personal, del ser y de Dios¹³. Es como si el hombre hubiera quedado encerrado en su propia inmanencia.

Esta actitud antropocéntrica, ya en sus inicios, llevó a que se concibiese el "conocimiento racional separado de la fe o alternativo a ella"¹⁴. Podría decirse que: "Buena parte del pensamiento filosófico moderno se ha desarrollado alejándose progresivamente de la Revelación cristiana, hasta llegar a contraposiciones explícitas. En el siglo pasado, este movimiento alcanzó su culmen. Algunos representantes del idealismo intentaron de diversos modos transformar la fe y sus contenidos, incluso el misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo, en estructuras dialécticas concebibles racionalmente"¹⁵.

3. Ibid., Introd., n. 5.

4. Ibid., IV, n. 45.

5. Ibid., IV, n. 46. Robert Hug Benson, en su novela fantástica politico-religiosa, *El amo del mundo*, publicada en 1908, hace decir a uno de los personajes, el diputado Oliver Brand: "El Panteísmo, en todo caso, era lo preferible y la doctrina que en realidad profesaba él mismo. 'Dios' a su entender, era el supremo desenvolvimiento de la vida creada, y su esencia consistía en la Unidad impersonal. De consiguiente, el espíritu de rivalidad era la grande herejía que sembraba la discordia entre los hombre, paralizándolo a la vez todo progreso; ya que este, según él creía, sólo se realizaba fundiéndose el individuo en la familia, la familia en el Estado, el Estado en el continente y el continente en el mundo. Por último el mundo mismo, considerado en cualquier momento de su existencia, no era más que una fase de la vida impersonal" (R. H. BENSON, *The lord of the world*, trad. esp. *El amo del mundo* (Trad. de Juan Mateos), Barcelona, Gustavo Gili, 1921, p. 30). Esta creencia, distaba mucho del "grosero y estúpido sensualismo que caracterizaba a los materialistas puros". Estaba convencido de que: "El mundo (...) vibraba con estremecimientos de vida ardiente que, derramada en efluvios de fecundidad inagotable en la flor, en el animal, en el hombre, formaba un torrente de incontrastable vigor y hermosura, fluyendo sin cesar, en oleadas de un manantial profundo y escondido, y difundiendo por todos los seres dotados de sensibilidad y movimiento. La poesía de semejante concepción no les parecía menos exquisita, por hallarse al alcance de las inteligencias vulgares; sin duda encerraba también misterios, pero eran misterios que realzaban sus encantos, en vez de desdorarla, porque revelaban nuevas maravillas en cada descubrimiento reservado a las tenaces investigaciones de las ciencia. Hasta los objetos inanimados, el fósil, la corriente eléctrica, los cuerpos celestes repartidos en la inmensidad del espacio, se les antojaban (...) brillantes emanaciones del Espíritu del mundo que daba testimonio de su presencia con el lenguaje elocuente de los seres y fenómenos naturales" (Ibid., p. 31). Pensaba el joven político que el catolicismo es "la más grotesca y opresora de todas las creencias (Ibid., p. 30), aunque: "En el fondo volvía a tropezarse aquí con la idea católica, pero despojada del elemento sobrenatural, y dirigida principalmente a establecer una especie de solidaridad entre las diversas fortunas y condiciones mediante el abandono del individualismo por una parte y el del supernaturalismo por otra. Apelar del Dios inmanente al Dios trascendente, constituía un delito de alta traición a los más sagrados intereses de la humanidad; el Dios trascendente no existía; Dios, en cuanto podía ser conocido, era el hombre y nada más que el hombre" (Ibid., pp. 30-31).

Después, como es sabido: "A este pensamiento se opusieron diferentes formas de humanismo ateo, elaboradas filosóficamente, que presentaron la fe como nociva y alienante para el desarrollo de la plena racionalidad. No tuvieron reparo en presentarse como *nuevas religiones* creando la base de proyectos que, en el plano político y social, desembocaron en sistemas totalitarios traumáticos para la humanidad"⁶.

En estas "nuevas religiones" lo divino era algo humano⁷. Sobrevaloraba lo natural y lo humano, emancipándolo de toda dependencia divina y sobrenatural. Su antropocentrismo era optimista, porque se confiaba en realidades inmanentes al mundo y a lo humano, generalmente "nuevas", que divinizadas se presentaban enfrentadas a algo "antiguo", considerado siempre como malo⁸.

De este último elemento, perteneciente al orden de la naturaleza o de la vida social humana, entendido como constitutivamente malo, con una entidad positiva, había que liberar al hombre por el poder redentor y casi sagrado de otro elemento mundano. No sin dificultades, porque se consideraba que lo antiguo o lo malo sobrevive y se opone al advenimiento de lo nuevo redentor⁹.

No obstante, se esperaba y confiaba en esta redención, por ser inmanente en la misma historia humana, que por su progreso, llevaría una nueva era, en la

6. *Fides et ratio*, op. cit., IV, n. 46.

7. Al principio de *El amo del mundo*, explica un viejo profesor: "El Humanitarismo, contra lo que todo el mundo esperaba, se erige actualmente en una verdadera religión enemiga de lo sobrenatural. Tiene todas las seducciones del panteísmo, se rodea del aparato externo, desarrollando un nuevo ritualismo bajo la inspiración de la francmasonería; posee su credo, que se compendia en el siguiente artículo: *Dios es el hombre*; y, en suma, nada le falta para ofrecer un alimento positivo a las aspiraciones religiosas de las multitudes. Se remonta a las regiones de lo ideal, y, sin embargo, no impone sacrificios a las facultades superiores" (R. H. BENSON, *El amo del mundo*, op. cit., p. 13)

8. Oliver Benson, uno de los protagonistas de *El amo del mundo*, cree que: "La única condición de progreso, la verdadera Jerusalén que el hombre podía erigirse en el planeta, donde le había cabido en suerte desarrollar el ciclo de su vida, era la *paz*; no la espada esgrimida por Mahoma, sino la paz basada en los dictámenes de la razón natural, sin las ficticias revelaciones de un orden superior; la paz que dimanaba de saber que el hombre lo era todo, y podía alcanzar la plenitud de su desenvolvimiento sin otro medio que la simpatía y colaboración de sus semejantes" (R. H. Benson, *El amo del mundo*, op. cit., p. 31).

9. Explica Benson, en su novela de denuncia y advertencia del mundo contemporáneo que: "Tanto Oliver como su esposa, veían en la pasada centuria una época de iluminación, a cuyo influjo iban disipándose, poco a poco, las sombras de las viejas supersticiones e inaugurándose el triunfo de la verdad sobre la tierra. El Espíritu del mundo había celebrado su Pentecostés; el sol había brillado al fin en Occidente" (R. H. BENSON, *El amo del mundo*, op. cit., pp. 31-32). Le hace pensar al primero: "Sabido era que la superstición hundía tenazmente sus garras en lo más hondo del espíritu, apoderándose de todas las energías, y, muy en especial, cuando los años comienzan a debilitar el cerebro. El cristianismo, en sentir del escéptico humanitarista, era una creencia salvaje y estúpida; salvaje por la rudeza de sus preceptos y la imposibilidad absurda de sus dogmas; y estúpida, por su sistemática tendencia a contrariar las alegres corrientes de la vida humana. Afortunadamente los tiempos eran adversos para todo género de fantásticos supernaturalismos, y allá andaba entre ellos el de la religión católica arrastrando una vida precaria y lánguida; pero todavía osaba lucir de cuando en cuando sus extravagancias histéricas en la catedral de Westminster, donde él mismo había sentido un día náuseas de indignación, al presenciar las ridículas ceremonias y falsas predicaciones con que se alimentaba el fanatismo de gente chocha y semiimbécil" (Ibid., pp. 35-36).

que el hombre alcanzaría su verdadera madurez en cuanto hombre¹⁰. En realidad, el mismo proceso histórico tenía ya un carácter redentor.

Esta redención filosófica es completamente distinta de la cristiana, totalmente sobrenatural, por la gracia merecida por Cristo, que libera al hombre del pecado, entendido como desorden y privación de bien¹¹. La redención antropocéntrica e immanentista, en cambio, confía en la autodivinización del hombre por sus propias fuerzas.

2. Antropocentrismo pesimista

La actual crisis de la modernidad ha llevado al nihilismo, que ha sido asumido por la tendencia postmoderna. De un modo más preciso hay que afirmar que: "Como consecuencia de la *crisis del racionalismo*, ha cobrado entidad el *nihilismo*. Como filosofía de la nada, logra tener cierto *atractivo* entre nuestros contemporáneos. Sus seguidores teorizan sobre la investigación como *fin en sí misma*, sin esperanza ni posibilidad alguna de alcanzar la meta de la verdad. En la interpretación nihilista la existencia es sólo una oportunidad para sensaciones y experiencias en las que tiene la primacía lo *efímero*. El nihilismo está en el origen de la difundida mentalidad según la cual no se debe asumir ningún *compromiso definitivo*, ya que todo es *fugaz y provisional*".

El agnosticismo y el relativismo, fruto también de la crisis racionalista, y que "han llevado a la investigación filosófica a perderse en las arenas movedizas

10. "La clave de todo estaba en el glorioso credo del Humanitarismo; el género humano era el verdadero y único Dios que moría y resucitaba diez mil veces al día; que había sucumbido diariamente, aun desde el principio del mundo, asesinado por la superstición y devorado por sus monstruosas aberraciones, pero que al fin resurgía en los tiempos nuevos; no una vez, sino tantas como criaturas regeneradas hacían su entrada en el mundo, iluminado ahora por el Sol de la Verdad" (R. H. BENSON, *El amo del mundo*, op. cit., p. 44).

11. El sacerdote católico Percy Franklin, otro de los protagonistas de *El amo del mundo*, conservaba su fe, aunque: "Envuelta al cabo en el fascinador y triunfante torbellino de la Humanidad Nueva. Precisamente a la sazón la realidad de los hechos externos se mostraba terrible y abrumadora; y la fe -exceptuando para los que habían aprendido a fondo que la voluntad y la gracia lo eran todo, y la emoción nada-, parecía un niño arrastrándose por entre la enorme maquinaria de una fábrica gigante" ((R. H. Benson, *El amo del mundo*, op. cit pp. 50-51). Consideraba que: "En otras épocas, cualquier ligero tinte de religiosidad pudo ser de algún valor; pero en aquellos días de implacable criticismo, solamente los puros y los humildes eran capaces de resistir con perseverancia inalterable. La alianza de la Psicología y del materialismo, considerada desde cierto punto de vista, parecía, en efecto, dar razón de todo; y para comprender bien su insuficiencia práctica, se necesitaba el auxilio de una robusta percepción sobrenatural". En realidad: "Desdeñando los ejercicios de la vida interior y la práctica constante de la oración mental. el hombre exterior había absorbido por completo al interior" (Ibid., p. 50). En la vida interior: "Se descubre que los dogmas de fe son verdaderos, y los motivos de credibilidad aparecen iluminados con los fulgores de una evidencia particular" (Ibid., p. 51). La fe y el amor: "Son tan reales como las emociones y facultades artísticas, y reclaman un cultivo semejante; que esa fe y amor engendran la convicción, siendo ellas mismas verdaderas convicciones; que, mediante ellas, se logra la percepción y goce de superiores deleites, los cuales, una vez percibidos y gustados, sobrepujan inmensamente en realidad y valor objetivo a los placeres sensuales" (pp. 51-52). Además, el P. Percy: "Para librarse de un seguro naufragio, apelaba al supremo recurso de clavar el ancla de la determinación volitiva en la resolución inquebrantable de que ningún poder del cielo ni del infierno sería capaz de apartarle de la religión católicas, puesto que ella era no solo la única que se hallaba en posesión de la verdad absoluta, sino también la única que hacía tolerable la vida" (Ibid., p. 144).

de un escepticismo general¹², han sido asumidos por la llamada postmodernidad. "Este término, utilizado frecuentemente en contextos muy diferentes unos de otros, designa la aparición de un conjunto de factores nuevos, que por su difusión y eficacia han sido capaces de determinar cambios significativos y duraderos. Así, el término se ha empleado primero a propósito de fenómenos de orden estético, social y tecnológico. sucesivamente ha pasado al ámbito filosófico, quedando caracterizado no obstante por una cierta ambigüedad, tanto porque el juicio sobre lo que se llama 'postmoderno' es unas veces positivo y otras negativo, como porque falta consenso sobre el delicado problema de la delimitación de las diferentes épocas históricas".

Debe tenerse en cuenta, para comprender las corrientes de pensamiento postmodernas que: "La afirmación del principio de inmanencia, que es el centro de la postura racionalista, suscitó, a partir del siglo pasado, reacciones que han llevado a un planteamiento radical de los postulados considerados indiscutibles. Nacieron corrientes irracionistas, mientras la crítica ponía de manifiesto la inutilidad de la exigencia de autofundamentación absoluta de la razón"¹³.

La caída del racionalismo, afirman los postmodernos, no debe llevar a la desesperación. Aunque la postmodernidad critique a la modernidad, y adopte posiciones opuestas a ella, al proclamar la "muerte de la razón"¹⁴, el fin de la libertad¹⁵, el "desenmascaramiento" de todos los valores¹⁶ la "disolución de la historia"¹⁷, "la muerte del sujeto"¹⁸, el indiferentismo religioso¹⁹, y, en definitiva, la "incertidumbre, la indeterminación y la inseguridad"²⁰, sin embargo, no creen que deba conducir a una actitud desesperada.

Ante el "nada es verdad" y el "todo vale", proponen no preocuparse y vivir el *carpe diem* de Horacio. La verdad es lo que siento y lo que me apetece. Debe tratarse siempre con frivolidad, sin darle importancia, ni preocuparse por ello. Lo postmoderno es lo ligero, lo insubstancial, lo trivial, lo inconstante, lo voluble, y lo inconsecuente. Sólo intentar evadirse y divertirse, esto es lo postmoderno²¹.

12. Ibid., Introd., n. 5.

13. Ibid., VII, n. 91.

14. A. WELMER, "La dialéctica de modernidad y posmodernidad", en *Debate* 14/1985, pp. 67-87, p. 67.

15. Cf. J. LYOTARD, *La condición postmoderna*, Madrid, Cátedra, 1984.

16. R. RORTY, "Habermas and Lyotard on Postmodernity", en *Praxis internacional*, 4/1 (1984), pp. 32-44, p. 32.

17. J. BAUDRILLARD, *Las estrategias fatales*, Barcelona, Anagrama, 1984, p. 12.

18. IDEM, "El éxtasis de la comunicación", en H. FOSTER (Ed.), *La postmodernidad*, Barcelona, Kairós, 1986, pp. 187-197.

19. Cf. J.M^o MARDONES, *Postmodernidad y cristianismo*, Santander, Sal Terrae, 1988.

20. R. RORTY, "Habermas and Lyotard on Postmodernity", op. cit., p. 38.

21. Es lo opuesto diametralmente al cristianismo. Se lee en San Pablo: "Por otra parte, de inmoralidad, de indecencia o afán de dinero, ni hablar; por algo sois un pueblo santo. Y nada de chabacanerías, estupideces o frases de doble sentido; todo eso está fuera de sitio. Lo vuestro es alabar a Dios. Meteos bien esto en la cabeza: nadie que se da a la inmoralidad, a la indecencia o al afán de dinero -que es una idolatría- tendrá herencia en el Reino de Cristo y de Dios" (Ef 4, 32).

En definitiva, enseña a aceptar el nihilismo²². En realidad, la postmodernidad pretende ser: "un nihilismo sin tragedia"²³.

La postmodernidad, aunque se oponga a la modernidad y a su optimismo, se identifica, en un nivel más profundo y fundamental, con la misma modernidad, en el antropocentrismo. La postmodernidad puede considerarse otra versión de la actitud antropocéntrica, moderna. Para la nueva tendencia postmoderna, lo humano y natural es ajeno e incongruente a la salvación humana. Además la misma salvación carece de sentido.

No obstante, no se renuncia al antropocentrismo ni tampoco al mismo humanismo autodivinizador del hombre²⁴, únicamente se abandona el optimismo sobre la bondad y fuerza redentora de lo natural, y se cae en otra posición extrema y deformadora de la realidad como es la del pesimismo extremo, no confesado, en la que se ha perdido toda esperanza. No se renuncia a la autoafirmación del hombre como sujeto autónomo, ni a su autodivinización²⁵. Únicamente no se admite que se realice por el camino moderno de la creatividad, sino por el del conformismo estático, que no reconoce en realidad camino alguno.

22. "El nihilismo encuentra una cierta confirmación en la terrible *experiencia del mal* que ha marcado nuestra época. Ante esta experiencia dramática, el optimismo racionalista que veía en la historia el avance victorioso de la razón, fuente de felicidad y libertad, no ha podido mantenerse en pie, hasta el punto de que una de las mayores amenazas de este fin de siglo es la tentación de la *desesperación*" (*Fides et ratio*, VII, n. 91).

23. CARLOS VALVERDE, *Génesis estructura y crisis de la modernidad*, Madrid, BAC, 1996, p. 340.

24. Puede decirse que acepta, con palabras de Benson: "El artículo fundamental de las doctrinas humanitarias: 'Dios es el hombre'" (R. H. BENSON, *El amo del mundo*, op. cit., p. 72).

25. Podrían ser dichas en la actualidad las siguientes palabras que Mabel, otro personaje de El amo del mundo dirige a su suegra moribunda: "El reino de Dios ha venido a este mundo, pero ahora ya sabemos quien es ese Dios. Me decíais, hace un instante, que deseabais obtener el perdón de los pecados; pues bien, ya lo tenéis, mejor dicho, lo tenemos todos, porque no existen tales pecados, no existen más que crímenes punibles ante las leyes humanas. Suspiráis, además, por la comunión, creyendo que ella os ha de hacer partícipe de la divinidad, pero no os fijáis en que todos participamos de la divinidad por el mero hecho de ser individuos de la especie humana (...) ¿No os hacéis cargo de que Dios se ha ido del mundo; de que nunca había existido más que en el cerebro de los que creían en Él; de que ha sido siempre, en el transcurso de los siglos, la odiosa pesadilla de la humanidad, y de que ésta ha entrado, al cabo, en el camino de la verdadera vida...?" (R. H. BENSON, *El amo del mundo*, op. cit., pp. 130-131). No le preocupaba la muerte, porque: "La muerte misma había perdido su aspecto amenazador y terrible. Al fin y al cabo, ¿no era un fenómeno tan natural como el de nacer? Luego comparaba el individualismo egoísta del cristiano constantemente atormentado por el pensamiento del porvenir en un mundo ficticio, con el libre altruismo de los nuevos creyentes, contentos con que el hombre pudiera vivir y desenvolver sus facultades en el planeta, y gozosos de que el Espíritu del Mundo siguiera triunfando y revelándose en nuevas generaciones, mientras los individuos que hubiesen terminado su misión en la tierra volvían a sepultarse en el depósito inmenso de energía universal" (Ibid., p. 132). Mabel, esposa del diputado Brand, tiene sin embargo, una esperanza intrahistórica, en un hombre, un "regenerador de la humanidad", según el "ideal que ella se había formado, es decir (...) un dios y un hombre, un dios por ser tan humano, y un hombre por ser tan divino" (Ibid., p. 133). Confiesa que: "En Él cifro todas mis esperanzas (...) Grandes obras tendrá que realizar aún, antes de ser plenamente conocido: leyes, reformas, creación de nuevas instituciones... toda la inmensa labor reorganizadora de la sociedad humana sobre las bases del evangelio de la fraternidad universal, con su primer dogma: de la divinización del hombre y su código de paz, justicia y amor" (Ibid., pp. 125-126).

Posición que es, en cierto sentido, más anticristiana que la del optimismo antropocéntrico. Con la peculiaridad de que, a diferencia de las doctrinas filosóficas del pasado: "No se trata ahora sólo de cuestiones que interesan a personas o grupos concretos, sino de convicciones tan difundidas en el ambiente que llegan a ser en cierto modo *mentalidad común*"²⁶.

Además otras corrientes de pensamiento parecen converger en el nihilismo postmoderno. Entre ellas, la encíclica cita, en primer lugar, al *eclecticismo*, "la actitud de quien en la enseñanza y en la argumentación, incluso teológica, suele adoptar ideas derivadas de diferentes filosofías, sin fijarse en su coherencia o conexión sistemática ni en su contexto histórico. De este modo no es capaz de discernir las parte de verdad de un pensamiento de lo que pueda tener de erróneo o inadecuado. Una forma extrema de eclecticismo se percibe también en el abuso retórico de los términos filosóficos"²⁷.

En segundo lugar, el *historicismo*, que: "consiste en establecer la verdad de una filosofía sobre la base de su adecuación a un determinado período y a un determinado objetivo histórico. De este modo, al menos implícitamente, se niega la validez perenne de la verdad. Lo que era verdad en una época, sostiene el historicista, puede no serlo ya en otra. En fin, la historia del pensamiento es para él poco más que una pieza arqueológica a la que recurre para poner de relieve posiciones del pasado en gran parte ya superadas y carentes de significado para el presente"²⁸.

En tercer lugar, el *cientificismo*. "Esta corriente filosófica no admite como válidas otras formas de conocimiento que no sean las propias de las ciencias positivas, relegando al ámbito de la mera imaginación, tanto el conocimiento religioso y teológico, como el saber ético y estético". Es una posición coincidente con el positivismo y el neopositivismo del pasado, que sostenían que las proposiciones metafísicas no tenían sentido. "La crítica epistemológica ha desacreditado esta postura, que, no obstante, vuelve a surgir bajo la nueva forma del *cientificismo*".

26. *Fides et ratio*, V, n. 55. En *El amo del mundo*, explica el P. Percy: "Empero lo más temible de todo es la influencia positiva del humanitarismo. Éste llega rodeado de poder, como el verdadero reino de Dios que esperaban en otros tiempos los judíos; se apodera de la imaginación y el sentimiento; afirmando su verdad en lugar de probarla; penetra en las almas de una manera más honda que por medio de discusiones y controversias; se abre camino casi directamente y sin resistencia hasta los pliegues más escondidos del corazón humano" Añade, sobre este peligro, que denuncia: "Muchos que apenas habían oído el nombre de la nueva doctrina, se declaran prontos a aceptarla, legiones de sacerdotes comulgan con ella tan fervorosamente como lo hacían con el Sacramento de la Eucaristía (...) millares de niños se imbuyen en los dogmas de la nueva religión, de igual modo que se empapaban antes del catecismo. El alma 'naturalmente cristiana' se halla en vías de convertirse en el alma 'naturalmente infiel'" (R. H. BENSON, *El amo del mundo*, op. cit., p. 161).

27. *Fides et ratio*, VII, n. 86. Se advierte que: "esta instrumentalización no ayuda a la búsqueda de la verdad y no educa la razón –tanto teológica como filosófica– para argumentar de manera seria y científica. El estudio riguroso y profundo de las doctrinas filosóficas, de su lenguaje peculiar y del contexto en que han surgido, ayuda a superar los riesgos del eclecticismo" (Ibid.).

28. Ibid., VII, n. 87. Se reconoce que: "Para comprender de manera correcta una doctrina del pasado, es necesario considerarla en su contexto histórico y cultura". Pero al mismo tiempo: "Se debe considerar además que, aunque la formulación esté en cierto modo vinculada al tiempo y a la cultura, la verdad o el error expresados en ellas se pueden reconocer y valorar como tales en todo caso, no obstante la distancia espacio-temporal" (Ibid., n. 9).

Es una posición muy difundida, gracias a los innegables éxitos de la ciencia y de la técnica actuales, y a los cambios radicales que han supuesto en el ámbito cultural²⁹. "En esta perspectiva, los valores quedan relegados a meros productos de la emotividad y la noción de ser es marginada para dar lugar a lo puro y simplemente fáctico". Además: "En esta perspectiva, al marginar la crítica proveniente de la valoración ética, la mentalidad cientificista ha conseguido que muchos acepten la idea según la cual lo que es técnicamente realizable llega a ser por ello moralmente admisible"³⁰.

En cuarto lugar, el *pragmatismo*, "actitud mental propia de quien, al hacer sus opciones, excluye el recurso a reflexiones teóricas o a valoraciones basadas en principios éticos". Una de las aplicaciones de esta corriente filosófica encuentra en que, en la actualidad: "se ha ido afirmando un concepto de democracia que no contempla la referencia a fundamentos de orden axiológico y por tanto inmutables. La admisibilidad o no de un determinado comportamiento se decide con el voto de la mayoría parlamentaria".

Como consecuencia, en primer lugar: "Las grandes decisiones morales del hombre se subordinan, de hecho, a las deliberaciones tomadas cada vez por los órganos institucionales". En segundo lugar: "La misma antropología está fuertemente condicionada por una visión unidimensional del ser humano, ajena a los grandes dilemas éticos y a los análisis existenciales sobre el sentido del sufrimiento y del sacrificio, de la vida y de la muerte"³¹.

Estas cuatro posiciones llevan a otra más general, la nihilista, que "actualmente parece constituir el horizonte común para muchas filosofías que se han alejado del sentido del ser". Como consecuencia, el nihilismo: "rechaza todo fundamento a la vez que niega toda verdad objetiva (...) niega la humanidad del hombre y su misma identidad". Sin el ser, no hay verdad objetiva, y desaparece así la verdad del hombre y su consecuente dignidad. Concretamente: "Se hace posible borrar del rostro del hombre los rasgos que manifiestan su semejanza con Dios, para llevarlo progresivamente o a una destructiva *voluntad de poder* o a la *desesperación de la soledad*"³². Además: "Una vez que se ha quitado

29. En la época que Benson sitúa su relato, estima que: "La totalidad de adelantos y descubrimientos llevados a cabo en las últimas centurias, tendían a desviar las almas inmortales de la contemplación de las verdades eternas. Y no es que tales descubrimientos debieran ser considerados como intrínsecamente malos, puesto que eran derivaciones de las leyes maravillosas dictadas por el Creador, pero en el momento presente, absorbían demasiado la atención de los hombres y ofuscaban sus entendimientos" (R. H. BENSON, *El amo del mundo*, op. cit., p. 153). Se explica que uno de los personajes pasa a vivir en: "Una ciudad excepcional, el único ejemplar superviviente de los tiempos pasados. En ella perduraban las viejas deficiencias e incomodidades; aquello era la encarnación de un modo que vivía fuera de la realidad" (Ibid., p. 147). Sin embargo, nota que a diferencia del mundo moderno: "La vida, aquí parecía infinitamente más sencilla, el mundo interior era reconocido como en ninguna otra parte, sin que su existencia se considerara asunto discutible; antes bien la objetividad de ese mundo imperaba con absoluto dominio hasta en los menores detalles, y a través de él brillaban esplendorosas ante los ojos del alma las viejas figuras que el fastuoso progreso del siglo condenaba a vivir a escondidas, a manera de momias amortajadas de civilizaciones anacrónicas y muertas para siempre" (Ibid., 148).

30. *Fides et ratio*, VII, n. 88.

31. Ibid., VII, n. 89.

32. Ibid., VII, n. 90.

la verdad al hombre, es pura ilusión pretender hacerlo libre. En efecto, verdad y libertad, o bien van juntas o juntas parecen miserablemente"³³.

3. Antropocentrismo y autosalvación

El antropocentrismo optimista de la modernidad no ha muerto, coexiste con el pesimista de la postmodernidad. Un nuevo positivismo parece haber heredado la actitud esperanzada y autodivinizadora del antropocentrismo moderno. "Una cierta mentalidad positivista sigue alimentando la ilusión de que gracias a las conquistas científicas y técnicas, el hombre, como demiurgo, puede llegar por sí sólo a conseguir el pleno dominio de su destino"³⁴.

Aunque se haya extendido, se da sobre todo en el mundo científico, porque: "En el ámbito de la investigación científica se ha ido imponiendo una *mentalidad positivista* que, no sólo se ha alejado de cualquier referencia a la visión cristiana del mundo, sino que principalmente, ha olvidado toda relación con la visión metafísica y moral". Las consecuencias son también muy graves, porque: "algunos científicos, carentes de toda referencia ética, tienen el peligro de no poner ya en el centro de su interés la persona y la globalidad de su vida. Más aún, algunos de ellos, conscientes de las potencialidades inherentes al progreso técnico, parece que ceden, no sólo a la lógica del mercado, sino también a la tentación de un poder demiúrgico sobre la naturaleza y el ser humano mismo"³⁵.

No es extraño, como también escribió Juan Pablo II, en otro lugar, que: "El hombre tiene precisamente miedo de ser víctima de una opresión que lo prive de la libertad interior, de la posibilidad de manifestar exteriormente la verdad de la que está convencido, de la fe que profesa, de la facultad de obedecer a la voz de la conciencia que le indica la recta vía a seguir. Los medios técnicos a disposición de la civilización actual ocultan, en efecto, no sólo la posibilidad de una auto-destrucción por vía de un conflicto militar, sino también la posibilidad de una subyugación 'pacífica' de los individuos, de los ambientes de vida, de sociedades enteras y de naciones, que por cualquier motivo pueden resultar incómodos a quienes disponen de medios suficientes y están dispuestos a servirse de ellos sin escrúpulos"³⁶.

A esta doble faz del pensamiento, de mentalidad científicista, continuadora de las filosofías de la modernidad, optimista en el progreso, y de actitud pesimista propia de las corrientes postmodernas, se pueden aplicar las palabras

33. Se cita en una nota de pie de página un pasaje de su primera encíclica *Redemptor hominis*, en la que comenta de este modo la expresión "Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres" del evangelio de San Juan (8, 32): "Estas palabras encierran una exigencia fundamental y al mismo tiempo una advertencia: la exigencia de una relación honesta con respecto a la verdad, como condición de una auténtica libertad; y la advertencia, además, de que se evite cualquier libertad aparente, cualquier libertad superficial y unilateral, cualquier libertad que no profundiza en toda la verdad sobre el hombre y sobre el mundo. También hoy, después de dos mil años, Cristo aparece a nosotros como Aquél que trae al hombre la libertad basada sobre la verdad, como Aquél que libera al hombre de lo que limita, disminuye y casi destruye esta libertad en sus mismas raíces, en el alma del hombre, en su corazón, en su conciencia" (*Redemptor hominis*, 12).

34. *Fides et ratio*, VII, n. 91

35. *Ibid.*, n. 46.

36. *Dives in misericordia*, n. 11.

conclusivas de la encíclica. Después de decir: "pido a todos que fijen su atención en el hombre", añade: "Diversos sistemas filosóficos, engañándolo, lo han convencido de que es *dueño absoluto de sí mismo*, que puede decidir autónomamente sobre su propio destino y su futuro confiando sólo en sí mismo y en sus propias fuerzas"³⁷.

En la actitud antropocéntrica e immanentista, que se manifiesta en la voluntad de autoafirmación del hombre, como sujeto creador y absolutamente libre, o en la autodivinización de lo humano, se pretende la autosalvación³⁸. Sin embargo, tal como ha mostrado la experiencia de la modernidad, se termina negando la dignidad personal y la libertad humana. Los ídolos siempre van contra el hombre. Declara, por ello, seguidamente Juan Pablo II: "La grandeza del hombre jamás consistirá en esto. Sólo la opción de insertarse en la verdad, al amparo de la Sabiduría y en coherencia con ella, será determinante para su realización. Solamente en este horizonte de la verdad comprenderá la realización plena de su libertad y su llamada al amor y al conocimiento de Dios como realización suprema de sí mismo"³⁹.

No hay que renunciar a la centralidad del hombre afirmada en el pensamiento contemporáneo, pero sí otorgarle su verdadero sentido. Puede seguirse la orientación hacia lo humano, pero sin perder la orientación hacia Dios. Con ello, se logra un adecuado conocimiento del hombre⁴⁰, que es mucho más completo si se acepta el mensaje de la revelación⁴¹.

El hombre no puede cerrarse a la trascendencia, porque, como se indica en el nuevo *Catecismo*: "El hombre busca a Dios (...) Incluso después de haber perdido, por su pecado, su semejanza con Dios, el hombre sigue siendo imagen de

37. *Fides et ratio*, Concl., n. 107.

38. No se necesita nada sobrenatural. Lo natural es suficiente y, por ello, como indica Benson: "La filantropía ha reemplazado a la caridad; la hartura de comodidades y goces a la esperanza de los bienes de la otra vida; y la hipótesis científica a la fe en las verdades reveladas" (R. H. BENSON, *El amo del mundo*, op. cit., p. 159). Advierte que, como consecuencia: "El amor al hombre por el hombre se había difundido repentinamente en todas partes; parecía que la naturaleza había penetrado de pronto en una atmósfera de puro sentimentalismo. Innumerables personas se asombraban de haber podido jamás creer, ni siquiera soñar, que hubiera un dios desconocido a quien rendir tributo de amor; y se preguntaban por qué especie de extraño sortilegio habían permanecido años y años, en tan absurda ceguera. La religión cristiana y el deísmo comenzaban a desaparecer del cerebro y corazón de la humanidad y eran substituídos por el más satánico orgullo" (Ibid., p. 142).

39. *Fides et ratio*, Concl., n. 107.

40. Indicó Pablo VI, en su discurso de clausura del Concilio Vaticano II, que: "La religión católica (...) es la vida de la humanidad. Es la vida, por la interpretación, finalmente exacta y sublime que nuestra religión da del hombre (¿no es el hombre, él solo, misterio para sí mismo?), y la da precisamente en virtud de su ciencia de Dios: para conocer al hombre, al hombre verdadero, al hombre integral, es necesario conocer a Dios; nos baste ahora, como prueba de esto, recordar la encendida palabra de Santa Catalina de Siena: 'En tu naturaleza deidad eterna, conoceré mi naturaleza' (Or. 24)" (PABLO VI, *El valor religioso del concilio*, 7 de diciembre de 1965).

41. Explícitamente lo declaró el Concilio Vaticano II, tal como Juan Pablo II ha recordado muchas veces, al afirmar que "En realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado, porque Adán, el primer hombre, era figura del que habría de venir, es decir, Cristo Nuestro Señor. Cristo el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su Amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación" (*Gaudium spes*, n. 22).

su Creador: conserva el deseo de Aquel que le llama a la existencia"⁴².

Esta búsqueda obedece a una llamada previa de Dios. Se dice también, a continuación, en el *Catecismo*: "Dios es quien primero llama al hombre. Olvide el hombre a su Creador o se esconda lejos de su Faz, corra detrás de sus ídolos o acuse a la divinidad de haberlo abandonado, el Dios vivo y verdadero llama incansablemente a cada persona"⁴³. Si el hombre recusa esta llamada no puede dejar de atribuirse a sí mismo atributos divinos y buscar su salvación en mitos culturales immanentes a la historia y al tiempo.

La salvación del hombre por el hombre impide el pleno conocimiento de las limitaciones, e indigencias humanas, la conciencia del mal, que hace el hombre, y hasta de la necesidad de ayuda. La inconsciencia que acompaña a este endiosamiento incrementa, por tanto, su necesidad de ayuda. La Iglesia, por ello, centra su atención en el hombre, en sus anhelos, que le agobian y desesperan por la miseria, que pesa sobre él, y, como advirtió Juan Pablo II, al comienzo de su Pontificado: "Cuanto más se centre en el hombre la misión desarrollada por la Iglesia; cuanto más sea, por decirlo así, antropocéntrica, tanto más debe corroborar y realizarse teocéntricamente, esto es, orientarse al Padre en Cristo Jesús. Mientras las diversas corrientes del pasado y del presente del pensamiento humano han sido y siguen siendo propensas a dividir, e incluso a contraponer el teocentrismo y el antropocentrismo, la Iglesia en cambio, siguiendo a Cristo, trata de unirlos en la historia del hombre de manera orgánica y profunda"⁴⁴.

4. La filosofía y la salvación

La ceguera del antropocentrismo moderno, postmoderno y cientificista, ante la salvación, que proviene de Dios, tiene su origen en la previa cerrazón en el orden filosófico a la trascendencia de Dios. La filosofía tiene, en este sentido, una función preparatoria para la salvación. Se puede concebir como "propedéutica" de salvación⁴⁵.

La filosofía no tiene poder salvador⁴⁶. Nada filosófico en cuanto tal es salvador.

42. *Catecismo*, n. 2566.

43. *Ibid.*, n. 2567.

44. Dives in misericordia, n. 1. Con ello, continua la orientación general del Concilio Vaticano II, que expresó el Papa Paulo V en estas palabras de su clausura: "El humanismo laico y profano ha aparecido, finalmente, en todo su terrible estatura y, en cierto sentido ha desafiado al Concilio. La religión del Dios que se ha hecho hombre, se ha encontrado con la religión –porque tal es– del hombre que se hace Dios". Ante este enfrentamiento, era posible: "Un choque, una lucha, una condenación". Sin embargo, añadió el Papa: "Podía haberse dado, pero no se produjo. La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio" (PABLO VI, *El valor religioso del concilio*, op. cit.).

45. Véase: AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, *Tratado de filosofía. Amor a la sabiduría como propedéutica de salvación*, México, Editorial Limusa, Noriega Editores, 1995.

46. "La filosofía, con su camino ascendente de la insatisfacción, nos ayuda a salvarnos –llevándonos al fundamento incondicionado– pero no nos salva. Puede mantener, encendido y vivo, el afán de salvación; pero no lo puede satisfacer". De manera que, afirma el conocido filósofo cristiano: "La filosofía, aunque abierta a la salvación, no nos salva. Esclarece fundamentalmente la realidad entera, influye sobre la vida del hombre y nos ofrece una sabiduría vital de los últimos problemas humanos. Por eso hablo de la Filosofía como Propedéutica de Salvación" (*Ibid.* p. 27).

La salvación viene exclusivamente de Dios, el único que salva. No obstante, la filosofía plantea el problema de la salvación, al tratar, por ejemplo, cuestiones como el fin del hombre o los medios para alcanzar el bien, que no puede resolver definitivamente con los elementos naturales de que dispone, ni tampoco proporcionarla. La filosofía, además, puede ser instrumento de la salvación, que es un don gratuito de Dios.

En la encíclica *Fides et ratio* se insiste, por ello, en el valor de la filosofía. Se afirma, por ejemplo: "Es evidente la importancia que el pensamiento filosófico tiene en el desarrollo de las *culturas* y en la orientación de los *comportamientos* personales y sociales"⁴⁷. Confiesa asimismo su autor que: "Me ha parecido urgente poner de relieve con esta Encíclica *el gran interés* que la Iglesia tiene por la filosofía"⁴⁸.

Ante la marginación de la filosofía por la mentalidad cientificista y la reducción a ser expresión de un "pensamiento débil", tal como hace la postmodernidad y que lleva a la proclamación de la "muerte de la metafísica", Juan Pablo II defiende la filosofía en sí misma. Como en otros ámbitos, la Iglesia hace de buen samaritano. Desea con este escrito, como indica en el mismo: "Devolver al hombre contemporáneo la auténtica *confianza* en sus capacidades cognoscitivas y ofrecer a la filosofía un *estímulo* para que pueda recuperar y desarrollar su plena dignidad"⁴⁹.

No es difícil, porque filosofar es una actividad natural. Juan Pablo II cita la afirmación de Aristóteles de que: "Todos los hombres desean por naturaleza saber"⁵⁰. Define incluso al hombre como "aquél que busca la verdad"⁵¹.

Un primer nivel de saberes o de verdades, que se da en la vida diaria y en la investigación científica, es de lo fenoménico, aquello que se presenta con una evidencia inmediata o que puede verificarse experimentalmente. El ser humano no está limitado a este nivel y puede llegar a otro más profundo, gracias a la capacidad de su razón, que puede trascender lo empírico.

En este segundo nivel, se encuentran las verdades filosóficas, "a las que el hombre llega mediante la capacidad especulativa de su intelecto". No las han

47. *Fides et ratio*, Concl., n. 100. Se añade seguidamente: "Dicho pensamiento ejerce una gran influencia incluso sobre la *teología* y sobre sus diversas ramas, que no siempre se percibe de manera explícita. Por esto, he considerado justo y necesario subrayar el valor que la filosofía tiene para la comprensión de la fe y las limitaciones a las que se ve sometida cuando olvida o rechaza las verdades de la Revelación. En efecto, la Iglesia está profundamente convencida de que fe y razón 'se ayudan mutuamente' ejerciendo *recíprocamente* una función tanto de *examen crítico* y *purificador*, como de *estímulo* para progresar en la búsqueda y en la profundización" (Ibid.).

48. Ibid., V, n. 63. Precisa que finalidad del documento es advertir sobre: "el vínculo íntimo que une el trabajo teológico con la búsqueda filosófica por la verdad. De aquí deriva el deber que tiene el Magisterio de *discernir* y *estimular* un pensamiento filosófico que no sea discordante con la fe. Mi objetivo es proponer algunos principios y puntos de referencia que considero necesarios para instaurar una relación *armoniosa* y *eficaz* entre la teología y la filosofía" (Ibid.). Igual que en la *Veritatis splendor* se integra la libertad con la verdad, en esta encíclica, que la continua y fundamenta, ofrece la integración de la razón con la fe.

49. Ibid., Introd., n. 6.

50. Ibid., n. 25. Cf. ARISTÓTELES, *Metafísica*, 1, 1.

51. Ibid., 28.

descubierto únicamente los filósofos, expresándolas en distintas doctrinas, sino que todo hombre, en cierto sentido, es filósofo, posee una concepción propia de la realidad, que de algún modo da respuesta a los grandes interrogantes de la existencia y desde esta interpretación orienta su vida personal. "Cada hombre (...) es, en cierto modo filósofo"⁵².

El ser humano necesita conocer el "sentido" de todas las cosas y de su existencia. Desea obtener respuestas a interrogantes como: ¿quién soy? ¿de dónde vengo? ¿a dónde voy? ¿por qué existe el mundo? ¿por qué existe el mal y el sufrimiento? y otras preguntas de fondo parecidas. En realidad, cuanto más conoce el mundo más urgentes le resultan tales preguntas. "El hombre es naturalmente filósofo"⁵³. Su misma racionalidad le empuja a la filosofía, que simplemente continúa estos conocimientos naturales, llevándolos a una mayor perfección terminológica, conceptual y sistemática. La filosofía no supone una ruptura y menos una oposición a los conocimientos metafísicos espontáneos. Son su regla y, por ello, no está tampoco separada de los afanes diarios de la vida humana.

Por este carácter natural del pensar filosófico, toda filosofía tiene un mismo punto de partida extrínseco, un conjunto de contenidos intelectuales, sobre los que se posee una completa certeza, que preceden a toda reflexión crítica y que son comunes a todos los hombres de todo lugar y época. Se trata de un saber fruto de la inteligencia natural en su funcionamiento espontáneo, que se denomina recta razón natural o sentido común.

Como saber profundo y desarrollado, la filosofía tiene su origen y su finalidad en el recto conocimiento espontáneo. Sostiene, por ello, Juan Pablo II que: "En este sentido, es posible reconocer, a pesar del cambio de los tiempos y de los progresos del saber, un núcleo de conocimientos filosóficos cuya *presencia es constante* en la historia del pensamiento". Pueden citarse, entre ellos: "Los principios de no contradicción, de finalidad, de causalidad (...) la concepción de la persona como sujeto libre e inteligente y en su capacidad de conocer a Dios, la verdad y el bien (...) algunas normas morales fundamentales, que son comúnmente aceptadas".

También infiere de esta tesis, que puede parecer novedosa en nuestros días, que: "Estos y otros temas indican que, prescindiendo de las corrientes de pensamiento, existe un conjunto de conocimientos en los cuales es posible reconocer una especie de *patrimonio espiritual* de la humanidad. Es como si nos encontrásemos ante una *filosofía implícita* por la cual cada uno cree conocer estos principios, aunque de forma genérica y no refleja. Estos conocimientos, precisamente porque son compartidos en cierto modo por todos, deberían ser como un *punto de referencia* para las diversas escuelas filosóficas"⁵⁴.

En cualquier caso, la encíclica quiere reafirmar la necesidad de la filosofía, especialmente en nuestra época, porque: "No se puede negar, en efecto, que este período de rápidos complejos cambios expone especialmente a las nuevas

52. Ibid., 30.

53. Ibid., 64.

54. Ibid., Introd., n. 4.

generaciones, a las cuales pertenece y de las cuales depende el futuro, a la sensación de que se ven privadas de auténticos puntos de referencia".

El pensamiento filosófico tiene una grave responsabilidad, porque: "La exigencia de una base sobre la cual construir la existencia personal y social se siente de modo notable sobre todo cuando se está obligado a constatar el carácter *parcial* de propuestas que elevan lo *efímero* al rango de valor, creando ilusiones sobre la posibilidad de alcanzar el verdadero sentido de la existencia".

Por la presentación de esta falsa esperanza, que se mueve dentro de la mentalidad antropocéntrica inmanentista: "Sucede de ese modo que muchos llevan una vida casi hasta el límite de la ruina, sin saber bien lo que les espera".

No siempre la difusión de este ideal débil e insuficiente es fruto de una inconsciencia de algún modo irresponsable, sino que: "Esto depende también del hecho de que, a veces, quien por vocación estaba llamado a expresar en formas culturales el resultado de la propia especulación, ha desviado la mirada de la verdad, prefiriendo el éxito inmediato en lugar del esfuerzo de la investigación paciente sobre lo que merece ser vivido".

La filosofía tiene que volver a ser un bien para el hombre. "La *filosofía* que tiene la gran responsabilidad de formar el pensamiento y la cultura, por medio de la llamada continua a la búsqueda de lo verdadero, debe *recuperar* con fuerza su vocación originaria".

Confíase Juan Pablo II que: "Por eso he sentido no sólo la exigencia, sino incluso el deber de intervenir en este tema, para que la humanidad, en el *umbral del tercer milenio* de la era cristiana, tome conciencia cada vez más clara de los grandes recursos que le han sido dados y se comprometa con renovado ardor en llevar a cabo el plan de salvación en el cual está inmersa su historia"⁵⁵.

5. Necesidad de la metafísica

La necesidad actual de la filosofía implica también la de la metafísica, que

55. Ibid., Introd., 6.Véase: JOSEPH RATZINGER, *Presentación de la Encíclica "Fides et ratio"*, *Breve síntesis de la Encíclica Fides et ratio*, 15 de octubre de 1998, en JUAN PABLO II, *Encíclica "Fides et ratio"*, Madrid, Ediciones Palabra, 1998, pp. 145-151; JOSEPH RATZINGER, *Fe, verdad y cultura. Reflexiones a propósito de la encíclica "Fides et ratio"*, Congreso Internacional sobre la Encíclica Fides et Ratio, Facultad de Teología de San Dámaso de Madrid, Madrid, 15 de febrero de 2000; ALBERTO CATURELLI, *La "Fides et Ratio" y las catacumbas de hoy*, en *Vertebración* (Puebla, México), 12/46, pp. 64-79; MANUEL OCAMPO, *Fe y razón: Reflexiones en torno a la carta de Juan Pablo II*, en *Espíritu* (Barcelona), XLIX/121 (2000), pp. 25-37; ALEJANDRO LLANO, *Audacia de la razón y obediencia de la fe*, en *Humanitas* (Santiago, Chile), 15 (1999), "Cuaderno Humanitas", n° 14, pp. 28-40; JOSÉ ÁNGEL GARCÍA CUADRADO, *La dimensión sapiencial de la filosofía en la "Fides et Ratio"*, en *Scripta Theologica* (Pamplona), XXXI/3 (1999), pp. 821-851; VITTORIO POSSENTI, *Filosofía e Rivelazione: un contributo al dibattito su ragione e fede*, Roma, Città Nuova, 1999; VITTORIO POSSENTI, *Fe y razón. Acto de presentación en la Basílica de San Juan de Letrán*, 17 de noviembre de 1998, en *Vertebración* (Puebla, México) 12/46 (1999); TOMÁS MELENDO, *Para leer la "Fides et ratio"*, Madrid, Rialp, 2000; ANTONIO LIVI, *Introduzione* en AA.VV., *Dal fenomeno al fondamento. Necessità, metodo e limiti della filosofia secondo l'Enciclica "Fides et ratio"*, Grande Enciclopedia Epistemologica, n 119, Roma, Edizioni Romane di Cultura, 1999, pp. 11-18; y ANTONIO LIVI, *Conclusioni*, en AA.VV., *Dal fenomeno al fondamento, Necessità, metodo e limiti della filosofia secondo l'enciclica "Fides et ratio"*, op. cit., pp. 7-9.

como culminación de la actitud filosófica busca el fundamento último de la realidad. Sin embargo, en estos momentos: "Desde varios sectores se ha hablado del 'final de la metafísica': se pretende que la filosofía se contente con objetivos más modestos, como la simple interpretación del hecho o la mera investigación sobre determinados campos del saber humano o sobre sus estructuras"⁵⁶. También: "Se nota una difundida *desconfianza* hacia las afirmaciones globales y absolutas, sobre todo por parte de quienes consideran que la verdad es el resultado del consenso y no de la adecuación del intelecto a la realidad objetiva".

Estos recelos ante la metafísica, como saber universal, profundo y último son comprensibles. No es extraño que: "En un mundo dividido en muchos campos de especialización, resulte difícil reconocer el sentido total y último de la vida"⁵⁷.

Además: "En lugar de expresar mejor la tendencia hacia la verdad, bajo tanto peso la razón de saber se ha doblegado sobre sí misma haciéndose, día tras día, incapaz de levantar la mirada hacia lo alto para atreverse a alcanzar la verdad del ser". Por su parte: "La filosofía moderna, dejando de orientar su investigación sobre el ser, ha concentrado la propia búsqueda sobre el conocimiento humano".

Aludiendo a corrientes de la filosofía hermenéutica, indica también Juan Pablo II: "Recientemente han adquirido cierto relieve diversas doctrinas que tienden a infravalorar incluso las verdades que el hombre estaba seguro de haber alcanzado. La legítima pluralidad de posiciones ha dado paso a un pluralismo indiferenciado, basado en el convencimiento de que todas las posiciones son igualmente válidas (...). En esta perspectiva, todo se reduce a opinión"⁵⁸.

No obstante, confiesa: "Debo animar a los filósofos, cristianos o no, a *confiar* en la capacidad de la razón humana y a no fijarse metas demasiado modestas en su filosofar". Añade que: "La *lección de la historia del milenio* que estamos concluyendo testimonia que éste es el camino a seguir. Es preciso no perder la pasión por la verdad última y el anhelo por su búsqueda, junto con la audacia de descubrir nuevos rumbos"⁵⁹.

Frente a la reducción de la filosofía por el "pensamiento débil", se propone un pensamiento fuerte y audaz. También la propuesta es para las otras corrientes, porque: "La importancia de la *instancia metafísica* se hace más evidente si se considera el desarrollo que hoy tienen las ciencias hermenéuticas y los diversos análisis del lenguaje. Los resultados a los que llegan estos estudios pueden ser muy útiles (...) ya que ponen de manifiesto la estructura de nuestro modo de pensar y de hablar y el sentido contenido en el lenguaje. Sin embargo, hay estudiosos de estas ciencias que en sus investigaciones tienden a detenerse en el modo cómo se comprende y se expresa la realidad, sin verificar las posibilidades que tiene la razón para descubrir su *esencia*".

La metafísica, en cambio, puede probar que el conocimiento humano alcanza la realidad, en sus esencias universales e inmutables, aunque no les es

56. Ibid., V, n. 55.

57. Ibid., V, n. 56.

58. Ibid., Introd., n. 5.

59. Ibid., V, n.56.

posible muchas veces conocerla en su totalidad ni con la suficiente claridad en todos los ámbitos, ni tampoco puede proporcionar siempre una certeza absoluta. No obstante, la metafísica incluso: "es capaz de expresar de manera universal –aunque con términos *analógicos*, pero no por ello menos significativos– la realidad divina y trascendente"⁶⁰.

La hermenéutica no tiene porque imposibilitar la investigación metafísica, por el contrario: "La aplicación de una hermenéutica abierta a la *instancia metafísica* permite mostrar cómo, a partir de las circunstancias históricas y contingentes en que han madurado los textos, se llega a la verdad expresada en ellos, que va más allá de dichos condicionamientos. Con su lenguaje histórico y circunscrito el hombre puede expresar unas verdades que trascienden el fenómeno lingüístico. En efecto, la verdad jamás puede ser limitada por el tiempo y la cultura; se conoce en la historia, pero supera la historia misma"⁶¹.

El problema hermenéutico no es fácil, porque: "Se debe tener en cuenta seriamente el significado que adquieren las palabras en las diversas culturas y en épocas diferentes. De todos modos la historia del pensamiento enseña que a través de la evolución y la variedad de las culturas ciertos conceptos básicos mantienen su valor cognoscitivo universal y, por tanto, la verdad que las proposiciones expresan. Si no fuera así, la filosofía y las ciencias no podrían comunicarse entre ellas, ni podrían ser asumidas por culturas distintas de aquellas en que han sido pensadas y elaboradas. El problema hermenéutico, por tanto, existe, pero tiene solución"⁶². Para que sea posible esta hermenéutica es preciso: "recuperar y subrayar más la dimensión metafísica de la verdad"⁶³.

La filosofía tiene que incluir, por consiguiente, la metafísica. "Es necesaria una filosofía de alcance auténticamente *metafísico*, capaz de trascender los datos empíricos para llegar, en su búsqueda de la verdad, a algo absoluto, último y fundamental". Lo que implica, por una parte, el reconocimiento de que: "la realidad y la verdad trascienden lo fáctico y lo empírico". Por otra, la existencia de: "la capacidad que el hombre tiene de conocer esta dimensión trascendente y metafísica de manera verdadera y cierta, aunque *imperfecta y analógica*".

Existe una realidad metafísica, y es alcanzable de algún modo por el conocimiento humano. "Dondequiera que el hombre descubra una referencia a lo absoluto y a lo trascendente, se le abre un resquicio de la *dimensión metafísica* de la realidad: en la verdad, en la belleza, en los valores morales, en las demás personas, en el ser mismo y en Dios".

De tal manera que: "Un gran reto que tenemos al final de este milenio es el de saber realizar el paso, tan necesario como urgente, del fenómeno al fundamento", de los distintos saberes y ciencias a la metafísica o sabiduría.

Confiesa también Juan Pablo II que: "Si insisto tanto en el elemento metafísico es porque estoy convencido de que es el camino obligado para superar la *situación de crisis* que afecta hoy a grandes sectores de la filosofía y para corregir

60. Ibid., VII, n. 84.

61. Ibid., VII, n. 95.

62. Ibid., VII, n. 96.

63. Ibid., Cioncl., n. 105,

así algunos comportamientos erróneos difundidos en nuestra sociedad"⁶⁴.

6. La filosofía cristiana

La filosofía parte de conocimientos naturales y concluye con otros también naturales. En cambio, la Teología católica parte de la fe y concluye con la fe, pero lo creído o revelado, aunque es superior a la capacidad del entendimiento humano, posee inteligibilidad, y, precisamente por este contenido especulativo, la teología puede ser una ciencia. "El filósofo debe proceder según sus propias reglas y ha de basarse en sus propios principios; la verdad, sin embargo, no es más que una sola. La Revelación, con sus contenidos, nunca puede menospreciar a la razón en sus descubrimientos y en su legítima autonomía; por su parte, sin embargo, la razón no debe jamás perder su capacidad de interrogarse y de interrogar, siendo consciente de que no puede erigirse en valor absoluto y exclusivo"⁶⁵.

Como saberes de totalidad y sapienciales, que clarifican el sentido de toda la realidad, y, por tanto, referidos a la verdad en su integridad, la filosofía y la teología católica, aunque autónomas, guardan relaciones intrínsecas y objetivas entre sí. "La verdad revelada, al ofrecer plena luz sobre el ser a partir del esplendor que proviene del mismo Ser subsistente, iluminará el camino de la reflexión filosófica. En definitiva, la revelación cristiana llega a ser el verdadero punto de referencia y de confrontación entre el pensamiento filosófico y el teológico en su recíproca relación".

La filosofía sin abandonar su objeto, que es siempre formalmente natural o racional, tendría que desarrollarse, dada la unidad de la verdad, en el ámbito de la luz del dato revelado. "Es deseable pues que los teólogos y los filósofos se dejen guiar por la única autoridad de la verdad, de modo que se elabore *una filosofía en consonancia* con la Palabra de Dios. Esta filosofía ha de ser el punto de encuentro entre las culturas y la fe cristiana, el lugar de entendimiento entre creyentes y no creyentes"⁶⁶.

64. Ibid., VII, n. 83.

65. Ibid., VII, n. 79. La Revelación: "No está en contraste con las verdades que se alcanzan filosofando. Más bien los dos órdenes de conocimiento conducen a la verdad en su plenitud. La *unidad de la verdad* es ya un postulado fundamental de la razón humana, expresado en el principio de no contradicción". La unidad de la verdad se explica, porque: "El mismo e idéntico Dios, que fundamenta y garantiza que sea inteligible y racional el orden natural de las cosas sobre las que se apoyan los científicos confiados, es el mismo que se revela como Padre de nuestro Señor Jesucristo". No hay una doble verdad, una verdad científica y otra de la fe que puedan contradecirse, sino una: "unidad de la verdad natural y revelada" (Ibid., III, n. 34).

66. Ibid., VII, n. 79. Esta filosofía, se añade en la encíclica: "Ha de servir para que los creyentes se convenzan firmemente de que la profundidad y autenticidad de la fe se favorece cuando está unida al pensamiento y no renuncia a él". Cita seguidamente estos textos de San Agustín: "El mismo acto de fe no es otra cosa que el pensar con el asentimiento de la voluntad (...) Todo el que cree, piensa; piensa creyendo y cree pensando (...) Porque la fe, si lo que se cree no se piensa, es nula" (*De praedestinatione sanctorum*, 2, 5). "Sin asentimiento no hay fe, porque sin asentimiento no se puede creer nada" (*De fide, spe et caritate*, 7). Ante la inteligibilidad de la revelación, el hombre responde con un acto intelectual, que es la fe, un asentimiento del entendimiento producido no por la evidencia intrínseca de lo revelado, sino por mandato de la voluntad libre movida por la gracia de Dios. Por ello, Santo Tomás, al acto de fe que proporciona la *virtud teologal de la fe*, lo definió como: "Acto del entendimiento que asiente a la Verdad divina por imperio de la voluntad movida por la gracia de Dios" (*Summa Theologiae*, II-II, q. 2, a. 9, in c.).

Declara Juan Pablo II, que, en este sentido.: "Sé bien que estas exigencias, puestas a la filosofía por la palabra de Dios, pueden parecer arduas a muchos que afrontan la situación actual de la investigación filosófica. Precisamente por esto (...) deseo expresar firmemente la convicción de que el hombre es capaz de llegar a una *visión unitaria y orgánica del saber*. Este es uno de los cometidos que el pensamiento cristiano deberá afrontar a lo largo del *próximo milenio* de la era cristiana"⁶⁷.

Para que la filosofía esté en "*consonancia*" con la Revelación, tiene que aceptar una serie de verdades explícitas e implícitas de la Sagrada Escritura, que proporcionan una "visión filosófica". Estos contenidos filosóficos son verdades conexas necesariamente a la fe⁶⁸, y deben ser "exigencias irrenunciables" de toda filosofía.

Se pueden sintetizar en dos principios. El primero, que. "La realidad que experimentamos no es el absoluto, no es increada ni se ha autoengendrado. Sólo Dios es el Absoluto". De ahí que: "De la lectura del texto sagrado (...) sobresale el rechazo de toda forma de relativismo, de materialismo y de panteísmo".

El segundo es la afirmación de la "dependencia esencial de Dios de toda criatura –incluido el hombre". En la Escritura, se da una visión del hombre "como *imago Dei*, que contiene indicaciones precisas sobre su ser, su libertad y la inmortalidad de su espíritu". Además, se deduce que: "Puesto que el mundo creado no es autosuficiente, toda ilusión de autonomía que ignore la dependencia esencial de Dios de toda criatura –incluido el hombre– lleva a situaciones dramáticas que destruyen la búsqueda racional de la armonía y del sentido de la existencia humana. Incluso el problema del mal moral –la forma más trágica de mal– es afrontado en al Biblia, la cual nos enseña que éste no se puede reducir a una

67. Ibid., VII, n. 85.

68. Hay tres tipos de verdades, que asumen los creyentes. Verdades propuestas como divinas y formalmente *reveladas*, y, por ello, infalibles, tanto por medio de un juicio solemne de la Iglesia, como por su magisterio ordinario y universal. Al que niega alguna, cae en la herejía. Verdades *necesarias* para defender y exponer el contenido de la fe. También son propuestas como definitivas, aunque no sean enseñadas como divinas y formalmente reveladas. Son verdades conexas a la revelación por necesidad lógica o por necesidad histórica. El que rechaza una de estas verdades, que pertenecen a la doctrina católica, no está en plena comunión con la Iglesia. Igual que las anteriores requieren el mismo asentimiento pleno e irrevocable, únicamente es distinto en cuanto su fundamento. Unas se fundamentan directamente en la Palabra de Dios y deben por ello ser creídas y otras en las doctrinas de la asistencia del Espíritu Santo al magisterio de la Iglesia y en su infalibilidad, que deben así ser sostenidas. Verdades –en materia de fe y moral– presentadas como *seguras*. Verdades presentadas como tales, pero que no han sido propuestas ni como reveladas ni como necesarias, ni, por tanto, como definitivas. Quien las niega está en el error o en una posición temeraria o peligrosa. En este caso el magisterio no propone lo enseñado como infalible, sino solamente como auténtico, y no se exige, por ello, un asentimiento absoluto, ya que no queda excluida la posibilidad de error, ni, por tanto, que la Iglesia pueda enseñar una cosa distinta. Requieren, sin embargo, un "asentimiento religioso". Gracias a que la conciencia de la Iglesia puede progresar con el tiempo, las verdades seguras podrían pasar a ser enseñadas como necesarias. Igualmente, las verdades necesarias podrían pasar a ser definidas como divinamente reveladas. Ninguna verdad es superada por el tiempo, por el contrario, es conservada como un patrimonio que se intenta profundizar para conocer mejor (Cf. JUAN PABLO II, Motu proprio *Ad tuendam fidem*, 18-V-1998; y Congregación para la Doctrina de la Fe, *Nota doctrinal ilustrativa de la fórmula conclusiva de la profesión de fe*, 19-VI-1998).

cierta deficiencia debida a la materia, sino que es una herida causada por una manifestación desordenada de la libertad humana⁶⁹.

Si esta "filosofía" de la Biblia es aceptada por su misma evidencia y no por fe, aunque se ha descubierto por no ignorar los datos revelados, la filosofía que la asume y desarrolla coincidiría con lo que algunos, siguiendo principalmente a Gilson, denominan "filosofía cristiana". La historia revela que, desde la antigüedad cristiana hasta nuestros días ha existido una filosofía cristiana, en este sentido, porque ha sido una verdadera filosofía, por sus principios, por sus métodos y por sus contenidos, y cristiana ya que se ha dado en el ámbito de la fe, incluso unida a la Teología católica, pero distinguiéndose formalmente de la misma.

A esta filosofía parece referirse Juan Pablo II, al concluir en: "La necesidad de una estrecha relación de continuidad de la reflexión filosófica contemporánea con la elaborada en la tradición cristiana"⁷⁰. Advierte que: "La referencia a la tradición no es un mero recuerdo del pasado, sino que más bien constituye el reconocimiento de un patrimonio cultural de toda la humanidad. Es más se podría decir que nosotros pertenecemos a la tradición y no podemos disponer de ella como queramos. Precisamente el tener las raíces en la tradición es lo que nos permite hoy poder expresar un pensamiento original, nuevo y proyectado hacia el futuro"⁷¹.

Además de consonancia, entre la fe y la razón se da un mutuo estímulo. De ahí que los primeros pensadores cristianos: "Precisamente porque vivían con intensidad el contenido de la fe, sabían llegar a las formas más profundas de la especulación"⁷². En cambio, en la separación y oposición de la fe y la razón filosófica, en el pensamiento moderno y contemporáneo: "tanto la fe como la razón se han empobrecido y debilitado una ante la otra".

Esta experiencia histórica ha mostrado que: "Una razón que no tenga ante sí una fe adulta no se siente motivada a dirigir la mirada hacia la novedad y radicalidad del ser". A la inversa: "Es ilusorio pensar que la fe, ante una razón débil, tenga mayor incisividad; al contrario, cae en el grave peligro de ser reducida a mito o superstición"⁷³.

Sobre la expresión "Filosofía cristiana", sostiene Juan Pablo II que: "La denominación es en sí misma legítima, pero no debe ser mal interpretada: con ella no se pretende aludir a una *filosofía oficial de la Iglesia*, puesto que la fe como tal no es una filosofía"⁷⁴.

69. Ibid., VII, n. 80. Se dice también en este lugar: "La convicción fundamental de esta 'filosofía' contenida en la Biblia es que la vida humana y el mundo tienen un sentido y están orientados hacia su cumplimiento, que se realiza en Jesucristo. El misterio de la Encarnación será siempre el punto de referencia para comprender el enigma de la existencia humana, del mundo creado y de Dios mismo. En este misterio los retos para la filosofía son radicales, porque la razón está llamada a asumir una lógica que derriba los muros dentro de los cuales corre el riesgo de quedar encerrada" (Ibid.)

70. Ibid., VII, n. 86.

71. Ibid., VII, n. 85.

72. Ibid., IV, n. 41.

73. Ibid., IV, n. 48.

74. Ibid., VI, n. 76.

Es muy importante advertir que: "La Iglesia no propone una *filosofía propia* ni canoniza una filosofía en particular con menoscabo de otras"⁷⁵. En esta advertencia de la encíclica, se remite, en una nota de pie de página, a estas palabras equivalentes de la *Humani generis* de Pío XII: "Es claro también que la Iglesia no puede ligarse a cualquier sistema filosófico, vigente por un breve espacio de tiempo; pero aquellos conceptos y términos, que por el común consentimiento fueron compuestos durante muchos siglos por los doctores católicos para alcanzar alguna inteligencia del dogma, indudablemente no se apoyan en tan caduco fundamento. Se apoyan, en efecto, en los principios y conceptos deducidos del verdadero conocimiento de las cosas creadas; y en la deducción de estas consecuencias la verdad ha iluminado como una estrella, por medio de la Iglesia, la mente humana"⁷⁶.

El mensaje cristiano trasciende la filosofía. No es un elemento filosófico ni parte de ninguna filosofía. "La fe, que se funda en el testimonio de Dios y cuenta con la ayuda sobrenatural de la gracia, pertenece efectivamente a un orden diverso del conocimiento filosófico. Éste, en efecto, se apoya sobre la percepción de los sentidos y la experiencia, y se mueve a la luz de la sola inteligencia"⁷⁷.

En el significado de "Filosofía cristiana" se encuentran dos aspectos. Uno subjetivo, porque significa: "una especulación filosófica concebida en *unión vital* con la fe. No hace referencia simplemente, pues, a una filosofía hecha por filósofos cristianos, que en su investigación no han querido contradecir su fe". La filosofía cristiana implica una mayor exigencia que la de ser una filosofía elaborada por un cristiano, aunque sea un buen cristiano. Debe incluir: "La *purificación* de la razón por parte de la fe". Así, por ejemplo: "Como virtud teologal, la fe libera la razón de la *presunción*, tentación típica a la que los filósofos están fácilmente sometidos". Gracias a la fe: "Con la *humildad*, el filósofo adquiere también el valor de afrontar algunas cuestiones que difícilmente podría resolver sin considerar los datos recibidos de la Revelación". Como son los problema del mal y del sufrimiento, la cuestión de la naturaleza de Dios y "la pregunta metafísica radical: ¿Por qué existe algo?".

Otro aspecto del significado de "Filosofía cristiana" es de carácter objetivo. Ya no se refiere a un modo de filosofar, porque: "Hablando de filosofía cristiana se pretende abarcar todos los *progresos* importantes del pensamiento filosófico que no se hubieran realizado sin la aportación, directa o indirecta, de la fe cristiana".

75. *Ibid.*, V, n., 49. "El motivo profundo de esta cautela está en el hecho de que la filosofía, incluso cuando se relaciona con la teología, debe proceder según sus métodos y sus reglas; de otro modo, no habría garantías de que permanezca orientada *hacia la verdad*, tendiendo a ella con un procedimiento racionalmente controlable. De poca ayuda sería una filosofía que no procediese a la luz de la razón según sus propios principios y metodologías específicas". Aparte de que: "En el fondo, la raíz de la *autonomía* de la que goza la filosofía radica en el hecho de que la razón está por naturaleza *orientada a la verdad* y cuenta en sí misma *con los medios* necesarios para alcanzarla". Por otra parte: "Una filosofía consciente de este 'estatuto constitutivo' suyo *respetar* necesariamente también las exigencias y las evidencias propias de la verdad revelada" (*Ibid.*).

76. PÍO XII, *Humani generis*, n. 10. Se advierte a continuación: "Por lo que no hay que extrañarse de que algunas de tales nociones hayan sido no sólo empleadas por los Concilios Euménicos, sino sancionadas incluso por ellos de tal modo, que no es lícito apartarse de las mismas" (*Ibid.*).

77. *Fides et ratio*, I, n. 9.

Este aspecto es objetivo, está referido a contenidos, ya que: "La Revelación propone claramente algunas verdades que, aun no siendo por naturaleza inaccesibles a la razón, tal vez no hubieran sido nunca descubiertas por ella, si se la hubiera dejado sola". Son un ejemplo de ellas: la noción de Dios personal, libre y creador; la filosofía del ser; la realidad del pecado; la concepción de la persona como ser espiritual; la dignidad, la igualdad y libertad de todos los hombres; y otros temas. "Se puede afirmar que, sin este *influxo estimulante* de la Palabra de Dios, buena parte de la filosofía moderna y contemporánea no existiría".

Según Juan Pablo II, habría que ampliar estos contenidos, porque: "Entre los elementos objetivos de la filosofía cristiana está también la necesidad de explorar el carácter racional de algunas verdades expresadas por la Sagrada Escritura, como la posibilidad de una vocación sobrenatural del hombre e incluso el mismo pecado original. Son tareas que llevan a la razón a reconocer que lo verdadero racional supera los estrechos confines dentro de los que ella tendería a encerrarse. Estos temas amplían de hecho el ámbito de lo racional".

Estos al igual que los anteriores son objeto de la filosofía, porque: "Al especular sobre estos contenidos, los filósofos *no se han convertido en teólogos*, ya que no han buscado comprender e ilustrar la verdad de la fe a partir de la Revelación. Han trabajado en su propio campo y con su propia metodología puramente racional, pero *ampliando* su investigación a nuevos ámbitos de la verdad"⁷⁸.

La filosofía cristiana, según Juan Pablo II, no es la filosofía de la religión cristiana. Sin embargo, puede denominarse filosofía cristiana a todos estos elementos filosóficos que ha proporcionado la fe cristiana. Son verdades que, por su contenido pertenecen a la filosofía, pero por su origen pueden denominarse cristianas. A todo su conjunto, que incluye asimismo, lo que se ha denominado "filosofía bíblica" se le puede denominar, por tanto, filosofía cristiana⁷⁹.

En otro sentido más amplio, puede llamarse igualmente "filosofía cristiana" a toda filosofía que asuma íntegramente a los contenidos, material y formalmente filosóficos, pero que ha proporcionado la Revelación, y que constituyen la "filosofía cristiana" en sentido propio y estricto. Está última es, por consiguiente, el común denominador de todas las distintas "filosofías cristianas", que son así sus modalidades.

Esta nueva y original caracterización de la filosofía cristiana es una de las más importantes aportaciones de la encíclica *Fides et ratio*. Su solución no sólo representa una nueva precisión en las diferentes respuestas al llamado "problema de la filosofía cristiana", sino que ofrece una solución, que permite terminar con el debate iniciado por Bréhier⁸⁰.

78. JUAN PABLO II, *Fides et ratio*, VI, n. 76.

79. Véase: E. FORMENT, *Aeterni Patris et Fides et ratio*, en *Doctor Communis* (Ciudad del Vaticano), LIII/1, pp. 31-71.

80. Ha escrito Abelardo Lobato que: "Esta discutida expresión, que Heidegger mismo trató de ridiculizar por contradictoria, como si fuera un hierro lúneo, ha sido aceptada por la Encíclica, que propicia una *adecuada interpretación*" (ABELARDO LOBATO, *La Encíclica "Fides et Ratio" y el futuro de la teología*, en *Vertebración* (Puebla, México), 12/46 (1999), pp. 31-63, p. 56)

Igual que es un hecho histórico la existencia de la filosofía cristiana⁸¹, también lo es la existencia de una: "Filosofía totalmente independiente de la revelación evangélica. Es la posición de la filosofía tal como se ha desarrollado históricamente en las épocas precedentes al nacimiento del Redentor y, después en las regiones donde aún no se conoce el Evangelio". En esta situación: "La filosofía manifiesta su legítima aspiración a ser un proyecto *autónomo*, que procede de acuerdo con sus propias leyes, sirviéndose de la sola fuerza de la razón". Dados, sin embargo: "Los límites debidos a la debilidad congénita de la razón humana, esta aspiración ha de ser sostenida y reforzada". De ahí que: "El empeño filosófico, como búsqueda de la verdad en el ámbito natural, permanece al menos implícitamente abierto a lo sobrenatural".

En cambio, ya no se da esta apertura, en una tercera posición filosófica con respecto a la Revelación, en: "la llamada filosofía 'separada'. seguida por numerosos filósofos modernos", porque: "más que afirmar la justa autonomía del filósofo, dicha filosofía reivindica una *autosuficiencia del pensamiento* que se demuestra claramente ilegítima. En efecto, rechazar las aportaciones de verdad que derivan de la revelación divina significa cerrar el paso a un conocimiento más profundo de la verdad, dañando la misma filosofía"⁸².

La necesidad e importancia de la filosofía cristiana se manifiesta en que: "El pensamiento filosófico es a menudo el único ámbito de entendimiento y de diálogo con quienes no comparten nuestra fe". Ello es posible, porque es verdaderamente filosofía, pues: "El filósofo cristiano, al argumentar a la luz de la razón y según sus reglas, aunque *guiado* siempre por la inteligencia que le viene de la palabra de Dios, puede desarrollar una reflexión que será comprensible y sensata incluso para quien no percibe aún la verdad plena que manifiesta la divina Revelación"⁸³.

Declara finalmente Juan Pablo II que: "No es inoportuna, por tanto, mi llamada fuerte e incisiva para que la fe y la filosofía recuperen la *unidad profunda* que les hace ser capaces de ser coherentes con su naturaleza en el respeto de la recíproca autonomía"⁸⁴.

Se comprende, por ello, que al dirigirse, en la conclusión de la encíclica: "a los filósofos y a los profesores de filosofía", les pide que: "tengan la valentía de *recuperar*, siguiendo una tradición filosófica perennemente válida, las dimensiones de auténtica sabiduría y de verdad, incluso metafísica, del pensamiento filosófico"; y "que se dejen interpelar por las *exigencias* que provienen de la palabra

81. Véase: JESÚS GARCÍA LÓPEZ, *Elementos de Filosofía y cristianismo*, Pamplona, EUNSA, 1992, pp. 21-47; JESÚS GARCÍA LÓPEZ, *La Filosofía cristiana* en la "Fides et ratio", en "Scripta Fulgentina" (Murcia), IX/17 (1999), pp. 141-150, p. 141; YVES FLOUCAT, *Pour une philosophie chrétienne. Éléments d'un débat fondamental*, París, Téqui, 1983.; LUIGI BOGLIOLO, *La filosofía cristiana. El problema, la historia, la estructura*, Città del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 1986, 2ª ed.; JOSÉ RUBÉN SANABRIA, *¿Es posible una filosofía cristiana?*, Cuadernos de Filosofía, n° 33, México, México, D.F., Universidad Iberoamericana, 1999, pp. 59-102; y ABELARDO LOBATO, *Fenomenología y Metafísica. La 'Filosofía cristiana' de Edith Stein y el encuentro entre Husserl y Tomás de Aquino*, en "Aquinas" (Roma), XXXVII/2 (1994), pp. 335-352.

82. *Fides et ratio*., VI, n. 75.

83. *Ibid.*, Concl. n. 104.

84. *Ibid.*, IV, n. 48. Añade: "A la parrésia de la fe debe corresponder la audacia de la razón" (*ibid.*)

de Dios y estén dispuestos a realizar su razonamiento y argumentación como respuesta a las mismas⁸⁵.

7. Santo Tomás y el tercer milenio

La Iglesia no tiene una "filosofía propia", ni existe, por tanto, una "filosofía oficial de la Iglesia". La imposición obligatoria de una filosofía cristiana determinada provocaría el peligro de confundir la doctrina católica, que siempre es trascendente, con una determinada sistematización de una investigación humana. Sin embargo, siempre ha aprobado y recomendado la filosofía de Santo Tomás y de un modo preferente a las otras filosofías cristianas.

Pío XII, en 1953, explicó claramente los motivos. Para ello, comenzó con esta advertencia: "No se confunda la *doctrina católica* y las *verdades naturales con ella conexas*, reconocidas por todos los católicos, con los *propios elementos* y los *conceptos peculiares* por los que se diferencian entre sí los varios sistemas filosóficos y teológicos, que se encuentran en la Iglesia".

En este importante pasaje del texto pontificio, se recuerda la distinción entre las verdades naturales conexas con la doctrina católica, y que Juan Pablo II llama "filosofía contenida en la Biblia" –que son el fundamento de toda filosofía cristiana y deberían serlo de toda filosofía–, y los conceptos propios de cada sistema filosófico cristiano, que a diferencia de los presupuestos filosóficos se pueden discutir, porque son fruto de la libertad de la razón humana.

Sobre estos distintos sistemas de la filosofía cristiana, advirtió Pío XII que: "Ninguna de semejantes explicaciones o argumentaciones constituye la *puerta* para entrar en la Iglesia, y con mayor razón es ilícito afirmar que constituye la única puerta. Ni siquiera del más santo insigne Doctor se ha valido nunca la Iglesia como de *fuentes* originaria de la verdad, ni tampoco ahora lo usa como tal. Ciertamente considera grandes Doctores y honra con las mayores alabanzas a Santo Tomás y a San Agustín; pero sólo a los autores de las Sagradas Escrituras divinamente inspiradas tiene y confiesa por *infallibles*⁸⁶.

Entre estas "verdades naturales", precisa Pío XII: "Enumérense, por vía de ejemplo, las que se refieren a la naturaleza de nuestro *conocimiento*; al adecuado concepto de la *verdad*; a los *principios metafísicos* afianzados en la verdad y que son absolutos; a la *existencia de Dios*, infinito, personal, Creador de todas

85. *Ibid.*, Concl., n. 106. Asimismo les pide: "Que se orienten siempre hacia la verdad y estén atentos al bien que ella contiene. De este modo podrán formular la ética auténtica que la humanidad necesita con urgencia, particularmente en estos años". Concluye declarando que: "La Iglesia sigue con atención y simpatía sus investigaciones; pueden estar seguros, pues, del respeto que ella tiene por la justa autonomía de su ciencia. De modo particular, deseo alentar a los creyentes que trabajan en el campo de la filosofía, a fin de que iluminen los diversos ámbitos de la actividad humana con el ejercicio de una razón que es más segura y perspicaz por la ayuda que recibe de la fe" (*Ibid.*).

86. Pío XII, *Discurso en el cuarto centenario de la Universidad Gregoriana*, 17-X-1953, AAS 45 (1953), 684-85). Concluyó seguidamente: "De modo que la Iglesia intérprete y custodio de las Sagradas Escrituras por mandato de Dios, depositaria en sí de la viva Tradición Sagrada, es Ella misma la puerta para alcanzar la salud, ella misma es para sí, bajo la guía y la tutela del Espíritu Santo, la fuente de la verdad". (*Ibid.*).

las cosas, a la naturaleza humana, la *inmortalidad* del alma, la conveniente dignidad de la *persona*, a los deberes que la *ley moral* grabada en él por la naturaleza, promulga e impera⁸⁷.

Por consiguiente, al patrimonio común de la filosofía cristiana, que se encuentra en la revelación, aunque puede de suyo ser alcanzado por filosofía, por ser de orden racional⁸⁸, Pío XII le añadió el conjunto de verdades también naturalmente ciertas, pero en las que ya no hay el peligro de la ignorancia o del error, por pertenecer al orden de los principios primeros⁸⁹, y que Juan Pablo II considera, en la encíclica, como aquel "núcleo" filosófico "constante" en la historia de la humanidad, y que constituye su "patrimonio" filosófico natural.

A este conjunto de verdades, unas de difícil acceso y otras evidentes por sí mismas, se refiere Pío XII al indicar que: "Los varios sistemas de doctrina a que permite adherirse la Iglesia, es absolutamente necesario que estén de acuerdo con todo aquello que había sido conocido con certeza por la filosofía antigua y por la cristiana desde los primeros tiempos de la Iglesia"⁹⁰.

Todos los sistemas filosóficos cristianos han coincidido y convenido en estos contenidos, tal como hizo la llamada filosofía escolástica. En relación a esta última, el mismo Pío XII, había escrito: "Es cierto que en esta filosofía se exponen muchas cosas en las que ni directa ni indirectamente se roza la fe o las costumbres y que por lo mismo deja la Iglesia a la libre disputa de los doctos; pero en otras muchas, sobre todo en lo que concierne a los principios y a los primordiales asertos que poco ha hemos recordado, no cabe tal libertad. En estas cuestiones esenciales hasta es lícito revestir a la filosofía con un ropaje más rico y acomodado, reforzarla con más eficaces expresiones, despojarla de ciertos tecnicismos escolásticos, menos aptos y también enriquecerla con cautela con ciertos elementos del progresivo pensamiento humano, sin embargo, nunca es lícito derrocarla o contaminarla con falsos principios o considerarla como un monumento ciertamente admirable, pero ya caído en desuso"⁹¹.

87. Ibid. Advierte que únicamente: "No hay que incluir entre estas verdades que exigen un asentimiento cierto de la mente, aquellas afirmaciones que, por lo que respecta a la verdad 'puesta' en la naturaleza, son todavía objeto de controversia" (Ibid.)

88. A sus contenidos se les puede llamar "preámbulos de la fe", en cuanto son la base racional *inmediata* a los artículos de la fe –que no son cognoscibles por la razón natural–, y que le sirve de apoyo como saber natural o racional. Para muchos hombres no son conocidos, o lo son con dudas y errores, de ahí la necesidad de la revelación de estas verdades naturales. Como explica Santo Tomás: "Las cosas que pueden probarse demostrativamente son incluidas entre las materias de fe, no porque sobre ellas verse específicamente la fe de todos, sino porque se preexigen a las verdades de fe y deben ser presupuestos por ella, al menos en los que carecen de su demostración" (SANTO TOMÁS, *Summa Theologiae*, II-II, q. 1, a. 5, ad 3), ya que: "es imposible que una misma realidad sea por un mismo sujeto conocida y creída". Aunque, como en este caso: "puede, sin embargo, acaecer que lo que para uno es visto o sabido, sea creído para otro" (Ibid., II-II, q. 1, a. 5, in c.).

89. La negación de estos principios sería algo "extraño", según la expresión de Santo Tomás, al indicar que: "Tales opiniones que destruyen los principios de alguna parte de la filosofía son posturas extrañas, así como el decir que nada se mueve, lo cual destruye los principios de la ciencia de la naturaleza. Algunos hombres son inducidos a la afirmación de tales posturas en parte por protervia, otros en parte por algunas razones sofisticadas que no pueden resolver como se dice en el libro IV de la *Metafísica*" (SANTO TOMÁS, *De malo*, q. 6, a. un., in c.).

90. Pío XII, *Discurso en el cuarto centenario de la Universidad Gregoriana*, op. cit., pp. 684-685.

91. *Humani generis*, III, AAS 42 (1953), pp. 685 Frente a ello, afirma el Papa que: "La verdad y

En este texto de 1953, Pío XII concluyó así con estas palabras: "Sea, pues, lícito a cada uno de los profesores, dentro de los límites que no es permisible atravesar, el adherirse a cualquiera de las escuelas que gozan de carta de ciudadanía dentro de la Iglesia, con esta condición, a saber, que se *distinga* claramente entre las verdades que *deben defenderse por todos* y aquellas enunciaciones que constituyen los *trazos distintivos de cada escuela*, y póngase de manifiesto, al enseñar, semejante diferenciación, como corresponde hacerlo a un maestro sensato"⁹².

Después de esta distinción de las verdades conexas necesariamente con la doctrina católica, tanto las que son sus antecedentes racionales inmediatos –común denominador de las filosofías cristianas–, como las que son primeros principios de la razón –que constituyen el común denominador de toda filosofía, sea o no cristiana–, de las características propias de distintos sistemas filosóficos, incluso de los admitidos en la Iglesia, Pío XII declara: "Este conjunto de conocimientos no han sido expuestos por ningún otro Doctor de un modo tan lúcido, tan claro y perfecto, ya se atienda a la recíproca concordancia de cada una de las partes, ya a su acuerdo con las verdades de la fe, y a la esplendísimas coherencia que con estas presentan, ni *ninguno* ha edificado con todos ellos una *síntesis tan proporcionada y sólida*, como Santo Tomás de Aquino"⁹³. Sobre aquellos puntos para todos obligatorios y que son el fundamento común, en que necesariamente deben convenir todos los sistemas filosóficos cristianos, Santo Tomás de Aquino, es el que ha edificado una síntesis filosófica, que es la más armónica y coherente.

Desde que Santo Tomás construyó su síntesis filosófica, centrada y fundada en los principios capitales de la filosofía cristiana, ciertos e indiscutibles, y que incluyen los de toda filosofía, los Papas no ha cesado de insistir en la recomendación de su doctrina. La Iglesia ha juzgado que esta síntesis armónica coherente y profunda, que no ha sido superada, es excepcional, y la ha propuesto, por ello, con preferencia a todas las demás.

También en su magisterio, Juan Pablo II ha continuado recomendando la doctrina de Santo Tomás. Incluso, el 13 de septiembre de 1980, le confirió el nuevo título de *Doctor Humanitatis*. Igualmente en su última encíclica, propone a la filosofía del Aquinate como una concreta vía a seguir; después de haber

su total expresión filosófica no pueden ir cambiando con el tiempo, en especial cuando se trata de los principios que la mente humana conoce por sí mismos, o de aquellas doctrinas que se apoyan, tanto en la sabiduría de los siglos, como en el consenso y fundamento de la divina revelación. Cualquier verdad que pueda descubrir la mente humana, investigando con sinceridad, no puede, por cierto, contradecir a la verdad ya conocida, porque Dios, suprema verdad, ha creado y rige el entendimiento humano, no de modo que oponga cada día verdades nuevas a las ya debidamente adquiridas, sino que, apartados los errores que tal vez se hayan introducido, construye la verdad sobre la verdad, según el orden y trabazón que vemos constituida la misma naturaleza de las cosas, de la cual se extrae la verdad". (Ibid.).

92. Pío XII, *Discurso en el cuarto centenario de la Universidad Gregoriana*, op. cit., p. 686. Un poco antes había dicho: "Nadie exija de nadie más de lo que a todos exige la madre y maestra de toda la Iglesia, ni debe prohibirse a nadie seguir el parecer que juzgue más verosímil en aquellas cuestiones en las que los autores de más nota dentro de las escuelas católicas, suelen disputar entre sí desde bandos opuestos" (Ibid.).

93. Ibid., p. 686.

mostrado la necesidad de la filosófica, y de modo más preciso de la filosofía cristiana, para el mundo actual en los umbrales del tercer milenio.

En la *Fides et ratio* se recuerda la encíclica *Aeterni Patris*, "Sobre la restauración de la filosofía cristiana conforme a la doctrina de Santo Tomás de Aquino, de la Orden de Predicadores", publicada en 1879, indicando que: "ha sido hasta hoy el único documento pontificio de esa categoría dedicado íntegramente a la filosofía"⁹⁴. Nota asimismo que: "Son conocidas las numerosas y oportunas consecuencias de aquella propuesta pontificia. Los estudios sobre el pensamiento de santo Tomás y de otros autores escolásticos recibieron nuevo impulso. Se dio un vigoroso empuje a los estudios históricos, con el consiguiente descubrimiento de las riquezas del pensamiento medieval, muy desconocidas hasta aquel momento, y se formaron nuevas escuelas tomistas".

Gracias a las indicaciones de la encíclica de León XIII: "con la aplicación de la metodología histórica, el conocimiento de la obra de santo Tomás experimentó grandes avances, y fueron numerosos los estudios que con audacia llevaron la tradición tomista a la discusión de los problemas filosóficos y teológicos de aquel momento"⁹⁵.

Afirma también Juan Pablo II que, como consecuencia "En este sentido, el Papa León XIII con su Encíclica *Aeterni Patris* dio un paso de gran alcance histórico para la vida de la Iglesia (...) El gran Pontífice recogió y desarrolló las enseñanzas del Concilio Vaticano I sobre la relación entre fe y razón, mostrando cómo el pensamiento filosófico es una aportación fundamental para la fe y la ciencia teológica".

La extraordinaria importancia de esta encíclica lo revela el hecho de que: "Más de un siglo después, muchas indicaciones de aquel texto no han perdido nada de su interés tanto desde el punto de vista práctico como pedagógico, sobre todo, lo relativo al *valor incomparable de la filosofía de Santo Tomás*".

Las posteriores textos sobre la doctrina de Santo Tomás de todos los Pontífices que le siguieron hasta la actualidad, pueden considerarse como una ratificación del intento leonino, porque: "Si en diversas circunstancias ha sido necesario intervenir sobre este tema, reiterando el valor de las intuiciones del Doctor Angélico e insistiendo en el conocimiento de su pensamiento, se ha debido a que las directrices del Magisterio no han sido observadas siempre con la deseable disponibilidad"⁹⁶.

Igualmente confiesa Juan Pablo II, que el intento de renovación del pensamiento filosófico, de la encíclica *Aeterni Patris*, que fue "El proponer de nuevo el pensamiento del Doctor Angélico era para el Papa León XIII el *mejor camino* para recuperar un uso de la filosofía conforme a las exigencias de la fe"⁹⁷.

94. *Fides et ratio*, V, n. 57.

95. *Ibid.*, V, n. 58. Hay que advertir igualmente que: "Los teólogos católicos más influyentes de este siglo, a cuya reflexión e investigación debe mucho el Concilio Vaticano II, son hijos de esta *renovación de la filosofía tomista*. La Iglesia ha podido así disponer, a lo largo del siglo XX, de un número notable de pensadores formados en la escuela del Doctor Angélico" (*Ibid.*).

96. *Ibid.*, V, n. 61.

97. *Ibid.*, V, n. 57. El Papa León XIII: "Afirmaba que Santo Tomás 'distinguiendo muy bien la

Parece, por tanto, que, en esta nueva encíclica filosófica, se pretende algo semejante. A este fin, además de los otros lugares de la encíclica, le dedica un párrafo completo, que lleva el significativo título de: "Novedad perenne del pensamiento de santo Tomás de Aquino", en el que se expone su doctrina sobre las relaciones entre la fe y la filosofía⁹⁸: Juan Pablo II declara que: "Precisamente por este motivo la Iglesia ha propuesto siempre a Santo Tomás como *maestro de pensamiento y modelo* del modo correcto de hacer teología"⁹⁹.

Más adelante reitera esta última afirmación, al manifestar que: "A la luz de estas reflexiones, se comprende bien por qué el Magisterio ha elogiado repetidamente los méritos del pensamiento de santo Tomás y lo ha puesto como *guía y modelo* de los estudios teológicos"¹⁰⁰.

También en este mismo lugar, después de exponer y ensalzar la doctrina tomista de la sabiduría, destaca la apertura universal del Aquinate a la verdad. "Convencido profundamente de que 'omne verum a quocumque dicatur a Spiritu Sancto est' (Toda verdad, quienquiera que la diga proviene del Espíritu Santo), Tomás amó de manera desinteresada la verdad. La buscó allí donde pudiera manifestarse, poniendo de relieve al máximo su universalidad"¹⁰¹. Puede decirse, por ello, que: "Santo Tomás es un *auténtico modelo* para cuantos buscan la *verdad*"¹⁰².

Afirma además Juan Pablo II, que gracias a este amor a la verdad, Santo Tomás alcanzó la máxima altura alcanzada hasta ahora por la inteligencia humana. "El Magisterio de la Iglesia ha visto y apreciado en él la pasión por la verdad; su pensamiento, al mantenerse siempre en el horizonte de la verdad universal, objetiva y trascendente, alcanzó *cotas que la inteligencia humana jamás podría haber pensado*"¹⁰³.

razón de la fe, como es justo, pero asociándolas amigablemente, conservó los derechos de una y otra y proveyó a su dignidad" (Ibid.).

98. En una nota se citan recientes discursos de Juan Pablo II. Entre otros: el *Discurso al VIII Congreso Tomístico Internacional, El método y la doctrina de Santo Tomás en diálogo con la cultura contemporánea* (13 set. 1980), organizado por la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás, y el *Discurso a los participantes del II congreso Internacional de la SITA, Sociedad Internacional Tomás de Aquino, sobre la doctrina del alma en Santo Tomás* (4 de enero de 1986), organizado por la SITA.

99. *Fides et ratio*, IV, n. 43. Seguidamente añade: "En este contexto, deseo recordar lo que escribió mi predecesor, el siervo de Dios Pablo VI, con ocasión del séptimo centenario de la muerte del Doctor Angélico". Y reproduce las siguientes palabras de Pablo VI, de su carta *Lumen Ecclesiae*: "No cabe duda que santo Tomás poseyó en grado eximio *audacia* para la búsqueda de la verdad, *libertad* de espíritu para afrontar problemas nuevos y la *honradez intelectual* propia de quien, no tolerando que el cristianismo se contamine con la filosofía pagana, sin embargo, no rechaza a priori esta filosofía. Por eso ha pasado a la historia del pensamiento cristiano como *precursor* del nuevo rumbo de la filosofía y de la cultura universal. El punto capital y como el meollo de la solución casi profética a la nueva confrontación entre la razón y la fe, consiste en *conciliar la secularidad del mundo con las exigencias radicales del Evangelio*, sustrayéndose así a la tendencia innatural de despreciar el mundo y sus valores, pero sin eludir las exigencias supremas e inflexibles del orden sobrenatural" (PABLO VI, *Lumen Ecclesiae*, 20 noviembre 1974, n. 8).

100. *Fides et ratio*, VI, n. 78.

101. Ibid., IV, n. 44. Cf. SANTO TOMAS, *Summa Theologiae*, I-II, q. 109, a. 1, ad 1. Santo Tomás tomó estas palabras de la *Glosa de San Ambrosio*, tal como se indica en la encíclica.

102. *Fides et ratio*, VI, n. 78.

103. Ibid., IV, n. 44. Estas palabras citadas, que asume Juan Pablo II, se encuentran en el siguiente

Queda así justificada la denominación que Pablo VI dio al Aquinate: "apóstol de la verdad". Como conclusión de este extenso pasaje de la encíclica, afirma Juan Pablo VI: "Con razón, pues, se le puede llamar 'apóstol de la verdad'. Precisamente porque la buscaba sin reservas, supo reconocer en su realismo la objetividad de la verdad. Su filosofía es verdaderamente la filosofía del ser y no del simple parecer"¹⁰⁴.

Juan Pablo II ha querido agregar a la afirmación del máximo nivel que alcanzó la inteligencia de Santo Tomás, la de que asimismo el contenido de su doctrina quedó situado en los límites de la ciencia humana, al concluir: "En efecto, en su reflexión la exigencia de la razón y la fuerza de la fe han encontrado la *síntesis más alta que el pensamiento haya alcanzado jamás*, ya que supo defender la radical novedad aportada por la Revelación sin menospreciar nunca el camino propio de la razón"¹⁰⁵.

DR. EUDALDO FORMENT
Universidad de Barcelona

pasaje de la encíclica *Aeterni Patris*: "Distinguiendo en primer lugar, como es justo, la razón de la fe, pero armonizándolas amigablemente, respetó los derechos y dignidad de ambas, de modo que ni la razón elevada en alas de Santo Tomás puede llegar a *cotas que la inteligencia humana jamás podría haber pensado*, ni la fe puede conseguir de la razón más y mejores argumentos que los que consiguió por Santo Tomás" (LEÓN XIII, *Aeterni Patris*, 6.).

104. *Fides et ratio*, IV, n. 44. En la Carta Apostólica *Lumen Ecclesiae*, dedicada a Santo Tomás, con motivo del VII centenario de su muerte, decía Pablo VI: "Tal afán de buscar la verdad, entregándose a ella sin escatimar ningún esfuerzo –afán que Santo Tomás consideró misión específica de toda su vida y que cumplió egregiamente con su magisterio y con sus escritos–, hace que pueda llamársele –con todo derecho *apóstol de la verdad*' y que pueda proponerse como ejemplo a todos los que desempeña la función de enseñar" (PABLO VI, *Lumen Ecclesiae*, 10).

105. *Ibid.*, VII, n. 78.